



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Rajchenberg, Enrique
EL CAMBIO SOCIAL EN LA TEORÍA SOCIAL LATINOAMERICANA: REVOLUCIÓN Y ACTORES EN
TRES MOVIMIENTOS

Bajo el Volcán, vol. 2, núm. 3, segundo semestre, 2001, pp. 157-168

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28600309>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL CAMBIO SOCIAL EN LA TEORÍA SOCIAL
LATINOAMERICANA: REVOLUCIÓN Y ACTORES EN TRES
MOVIMIENTOS

Enrique Rajchenberg

(IN MEMORIAM RUY MAURO MARINI)

RESUMEN

En este trabajo el autor analiza el desenvolvimiento de la teoría social latinoamericana en tres momentos. En el primero de ellos, correspondiente a la década de los sesenta, se expresa que contrariamente a lo que ocurrió en otras partes, el cambio social y el horizonte de la revolución fue su eje vertebrador. En el segundo, finales de los setenta y la década de los ochenta, el redescubrimiento de Gramsci y la euforia por el estudio de los movimientos sociales llevará al abandono del concepto de revolución y de clase social. Finalmente en el tercer momento, el de la actualidad, el autor constata que el conservadurismo disfrazado de realismo político que impregna a la teoría social esteriliza las posibilidades de creación de un mundo nuevo.

ABSTRACT

In this work the author analyzes the development of Latin American social theory in three periods. In the first which corresponds to the decade of the sixties, he says that contrary to what occurred on other places, social change and the prospect of revolution formed a central core of thought. In the second, the end of the seventies and the decade of the eighties, the rediscovery of Gramsci and the enthusiasm surrounding the study of social movements resulted in the abandonment of the concepts of revolution and social class. Finally, in the third period, that of today, the author says that masked conservadurism, which is found in social theory greatly in his the possibilities of creating a new world.

Sería trivial constatar que la teoría social latinoamericana experimentó modificaciones importantes durante los últimos treinta años ya que el paisaje político conoció fuertes conmociones en la región durante el mismo periodo. Aunque la producción teórica no está obligada a transformar-

se en función de los acontecimientos de la víspera, el abandono y la virulenta crítica del arielismo o de aquello que Francisco Delich denominó la “sociología vestida de frac”, articuló estrechamente la producción científico-social a las prácticas de los actores sociales. Ciertamente este compromiso condujo frecuentemente, por una parte, a hacer de la producción académica el espejo de la realidad inmediata y, por otra, a favorecer la ausencia de líneas de investigación más ambiciosas y de largo aliento. Es necesario reconocer que los regímenes militares de los años sesenta y setenta contribuyeron inmensamente a ello mediante la diáspora de los intelectuales.

Se puede conocer el trayecto recorrido por la teoría social latinoamericana y el estatuto que otorga al cambio social distinguiendo dos grandes épocas. La primera se extiende desde la primera mitad de los años sesenta hasta el fin de los setenta. La segunda inicia en los ochenta y llega hasta los noventa.

Resulta obvio que cuando se clasifica la producción teórico-social cronológicamente se corre el riesgo de omitir las diferencias entre autores pertenecientes a diversos países y preocupados por problemáticas específicas. He asumido el riesgo de ubicarme en un punto elevado de observación, aunque desde ahí los detalles pueden perderse. Es una opción: cuando uno asciende a la cima de la montaña, goza de una vista de conjunto pero no logra distinguir las ramas de cada árbol.

La trayectoria de la teoría social latinoamericana es testigo de la tensión existente en las ciencias sociales en general desde inicios del siglo XX y que se reedita constantemente. Se trata del movimiento de péndulo entre la estructura y la acción. Este debate es tan conocido que no vuelvo sobre él. Aquí nos interesa cómo se presenta dicha tensión en el seno de las concepciones del cambio social.

PRIMER MOVIMIENTO: ALLEGRO PRESTISSIMO E MOLTO VIVACE

Hace algunos años, Peter Burke aconsejaba a los historiadores prestar atención a los sociólogos con el objeto de incorporar en sus análisis la naturaleza estructurada de la realidad social. Simultáneamente, recomen-

daba con entusiasmo a los sociólogos prestar atención al estudio del cambio social, campo en que los historiadores cuentan, en el estado actual de la división intelectual del trabajo, con muchas más aptitudes que los otros científicos sociales. Esta distribución de flaquezas y virtudes de cada disciplina es probablemente válida para las ciencias sociales anglosajonas, pero seguramente no lo es para la sociología latinoamericana que, desde su nacimiento en tanto ámbito de conocimiento autonomizado del derecho, se interesó en el cambio social. Incluso justificó su existencia académica por la incapacidad epistemológica de las otras disciplinas para dar cuenta de las mutaciones sociales implicadas en la industrialización, la urbanización y los flujos migratorios. El cambio social fue expuesto durante los años cincuenta como una transición de una sociedad tradicional y holística a una sociedad moderna. Desde entonces, salvo algunos historiadores y sociólogos occidentalocéntricos, este modelo ha sido abandonado. Varios acontecimientos acompañaron la superación del modelo dualista. Dos son los más importantes aunque se sitúan en niveles diferentes; uno en el orden político, el otro, en el pensamiento teórico: la revolución cubana y sus logros obtenidos en pocos años en comparación con el resto de los países latinoamericanos y el desarrollo de la teoría de la dependencia.

El concepto de revolución está en el centro del análisis del cambio social desde la segunda mitad de los años sesenta. Ni la industrialización ni la urbanización harán que América Latina se encamine por el sendero virtuoso del crecimiento económico, es decir, la pista de despegue rostoviana –el take off–, de la distribución equitativa del ingreso y, menos aún, de la hegemonía incuestionable de los valores democráticos, tal como la sociología concebía el cambio social hasta entonces. El capitalismo dependiente no es un escalón abajo del capitalismo desarrollado, se dirá, sino la modalidad específica de inserción de algunos países en el capitalismo el cual sólo puede ser entendido como un régimen económico mundial. Es inútil incrementar la velocidad del elevador que lleva al último piso. La única manera de escapar al subdesarrollo consiste en acercarse al bloque socialista que luego será llamado socialismo realmente existente. Por lo demás, la historia, o mejor dicho, un modo de leer la histo-

ria, demostraría que la revolución constituye la llave maestra del paso de una sociedad a otra: la revolución de 1789 permitió la consolidación del capitalismo así como la de octubre de 1917 hizo lo propio con el advenimiento del socialismo.

Se me podrá reprochar la simplicidad cuasi caricatural con la que presento esta corriente de pensamiento, cuyos desarrollos teóricos sobre la economía latinoamericana fueron de una riqueza conceptual y un valor heurístico que no reproduciré aquí. Se trata de los riesgos que uno asume cuando se elabora una rápida síntesis de uno de los aspectos de una corriente teórica.

El fin de los años sesenta queda marcado, según esta misma corriente de pensamiento, por el “avance incontenible de las masas explotadas hacia la sustitución del actual sistema de producción”.¹ El nuevo sistema sería socialista y permitiría “la plena expansión de las fuerzas productivas, [...] una elevación efectiva de los niveles de trabajo y de consumo”.² Estos objetivos, al no poder ser alcanzados más que por la conquista del poder, vuelve urgente la reagrupación en el seno de un partido cuya vanguardia dirigirá la lucha revolucionaria.³ Para algunos, ésta debe aún asumir los rasgos de las revoluciones democráticas y antiimperialistas, tareas tal vez anacrónicas, pero a pesar de todo necesarias en virtud de la sobrevivencia de “ciertos resabios de relaciones precapitalistas”⁴ y de la dependencia impuesta por los Estados Unidos. En otras palabras, los objetivos democráticos de las revoluciones son diferentes de los fines químicamente puros de las revoluciones socialistas.

Cuba constituía el ejemplo pionero de la imagen deseable para todo el continente. Demostraba, por una parte, que el cambio no era posible sino con una revolución, y, por otra, que el cambio social era el de la totalidad social; el resto, esto es, las modificaciones parciales no eran otra cosa sino pseudo cambios sociales.⁵ En esta versión maximalista del cambio social, los protagonistas de la revolución son las masas explotadas y, sobre todo, el proletariado industrial. Desempeñarán un papel que ya está escrito en el guión del partido fuera de la experiencia histórica de la clase e incluso contradiciéndola.

SEGUNDO MOVIMIENTO: ANDANTINO

La década del setenta no había concluido aún cuando el contexto continental se alteró y ciertamente no en la dirección deseada y prevista por la corriente de pensamiento antes referida. La segunda mitad del decenio fue la de una gran derrota popular, iniciada por el golpe de Estado pinochetista en Chile, y del que Ruy Mauro Marini siempre lamentaba que la sociología latinoamericana no hubiera elaborado el estudio sistemático de su alcance sobre el ciclo de los ulteriores movimientos sociales. Desde Argentina hasta México y con grados diferentes de violencia física y de terror de Estado, las organizaciones políticas fueron desmanteladas, o incluso rotas y eliminadas. De aquellos que al final de los años sesenta y principios de los setenta habían proclamado el advenimiento del socialismo, algunos enmudecen, otros se vuelven silenciosos y otros más se visten con los abrigos de quienes acababan de diluir la utopía revolucionaria.

Dos corrientes teóricas de esos años me parecen importantes en el marco del tema que estamos discutiendo. El primero concierne al (re)descubrimiento de Gramsci en América Latina. El segundo es el que denomino los eufóricos del estudio de los movimientos sociales. Aquel rompe con la tesis del advenimiento del socialismo por medio de la revolución; éste se erigirá contra la tesis de un sujeto privilegiado del cambio social que, por lo demás, no se encamina necesariamente hacia el socialismo.

En el primer caso, son los análisis del marxista italiano sobre el viraje histórico concerniente al modo de dominación social durante el periodo de entreguerras en Europa occidental (1918-1939) y la comparación con la sociedad rusa prerevolucionaria que serán retomados por la sociología latinoamericana.

Occidente y Oriente no son en Gramsci puntos cardinales de la geografía europea, sino conceptos-síntesis de dos tipos de relaciones Estado-sociedad civil. En Gramsci, está el descubrimiento del diferente peso del momento de la fuerza y del consentimiento entre los siglos XIX y XX en Occidente, pero nunca perderá de vista que la fuerza constituye el último recurso de la dominación, aun si ocasionalmente su insistencia en la no-

vedad de la dominación de clase parece olvidar que el Estado constituye el monopolio del ejercicio legítimo de la violencia.

Para la corriente neo-gramsciana latinoamericana, el socialismo dará sentido y justificará el cambio social, pero el concepto de revolución está ausente sino es para designar la modernización conservadora –o desde arriba–, a saber, la revolución pasiva. Brasil, por ejemplo, concluirá un autor, se ha “occidentalizado”. En otras palabras, el empleo de la fuerza es cada vez menos frecuente para asegurar la dominación de clase que descansa sobre el consentimiento de los dominados. Ello implica para éstos la conquista de la hegemonía. Ésta, a su vez, conducirá a la consolidación de una democracia pluralista que devendrá el punto de partida del socialismo democrático.

El concepto de revolución es abandonado no sólo para pensar el socialismo latinoamericano, sino igualmente porque define, según los neogramscianos, las explosiones súbitas, violentas y de corta duración que, en las nuevas condiciones de la dominación en América Latina, son ineficaces para romper la estructura económicosocial existente. Observemos por ahora que no hay una redefinición del concepto de revolución, sino simplemente un rechazo y ulteriormente su abandono como si perteneciera a una época rebasada.

La segunda corriente, la de la euforia de los movimientos sociales, constituye una ruptura con los análisis dominantes de la década precedente en lo que se refiere a la definición de los actores sociales. En términos generales, éstos no sólo eran considerados datos del análisis, sino igualmente su papel social era una función de su posición estrictamente económica. La eficacia de las iniciativas políticas se nulificaba puesto que la dinámica social estaba ya inscrita de antemano y prevista en la estructura. La crítica que esta corriente dirigirá a la teoría social de los años sesenta consiste precisamente en que no concebía otros protagonistas del cambio social más que aquellos pertenecientes al mundo de la fábrica; los otros no eran sino seguidores de los primeros. Empero, a partir de ahí se concluye muy simplistamente que los actores y las clases no tienen ninguna relación o, peor aún, que el concepto de clase es totalmente inútil para explicar la acción social. A semejanza de lo que ocurre con

el concepto de revolución, excluido porque sólo se conserva una de las definiciones posibles, se opta por abandonar también el de clase.⁶ Se esfuma, como lo hace el mago David Copperfield, toda noción de contradicción objetiva en el análisis de los conflictos sociales y se acaba por diluir las clases en la multiplicidad de actores empíricos que no tienen otra determinación que la interacción y su voluntad, como lo ha señalado Manuel Garretón.

Frente a una sociología de “escenarios vacíos”, que no se ocupa más que de estructuras, de instituciones y de sistemas, la sociología de los movimientos sociales introduce actores sobrecargados de sentido, es decir, sujetos. El actor que anteriormente era definido como si no hubiera más que existencia objetiva, es percibido en su dimensión subjetiva lo que implica simultáneamente, con el objeto de producir una explicación satisfactoria de la acción colectiva, el estudio de la identidad del grupo que no puede ser asumida como un hecho preestablecido, sino en tanto construcción social.

La sociología latinoamericana de los movimientos sociales registra la acción de las mujeres, de los ecologistas, de los destechados, de los jóvenes, etcétera. Frente al concepto unilateral de totalidad vigente en los años sesenta y setenta que reducía la diversidad de prácticas sociales, ahora se afirmará que la idea misma de totalidad debe ser revisada para confrontarla con la multideterminación de las relaciones sociales. El concepto de totalidad parece entonces ser incapaz de aprehender el fraccionamiento de la acción colectiva así como la emergencia de nuevas prácticas colectivas circunscritas a espacios centrados más sobre ellas mismas que sobre la política y sin plantearse objetivos o prácticas totalizadoras. Es así como se crean pequeños espacios de resistencia donde cotidianamente nuevos valores y formas sociales de autogestión y de solidaridad son construidos. No obstante, se olvida frecuentemente que el fraccionamiento de la acción colectiva constituye no sólo la expresión de una diversidad social que el reduccionismo estructuralista no admitía, sino que igualmente es el heredero del desmembramiento de las organizaciones preexistentes tras la derrota popular de los años setenta.

Muy apresuradamente, la sociología bautizará toda acción colectiva con el nombre de “movimiento social”. Acciones portadoras de reivindica-

ciones y reagrupamientos espontáneos son falsamente conceptualizados como movimientos sociales. Asimismo, todos los actores devienen nuevos actores, cuando se trata a veces de viejos actores que reaparecen en otros espacios sociales en razón de las circunstancias políticas que disolvieron las antiguas formas de solidaridad y de acción colectiva y simultáneamente prohibido toda contestación en otros espacios.

Algunos investigadores que adhieren a la sociología de los movimientos sociales ubican a éstos en la esfera de los movimientos “no económicos” o “postmateriales”. En América Latina, se produce así el paso “from red to green”, para retomar la expresión de Feher y Heller. Enfatizan la originalidad de la sociología contemporánea que estudia dichos movimientos mientras para los teóricos marxistas todo lo que no era económico se subordinaba a las cuestiones económicas o bien era remitido al sótano de las preocupaciones intelectuales. La objeción puede ser correcta, pero las precauciones no son inútiles ya que se corre el riesgo de tirar el agua sucia del marxismo vulgar con el bebé económico. Por ejemplo, ¿se puede acaso separar la ecología y los movimientos ecologistas de las formas históricas de reproducción de la vida material en el capitalismo y del dominio del valor sobre todos los valores de uso?

Finalmente, es preciso insistir sobre la reducción de la realidad a la acción desdeñando los elementos estructurales. Ello ha conducido frecuentemente a ignorar los cambios producidos por los movimientos sociales sobre las estructuras existentes, que contrasta con el énfasis puesto en la formación de nuevas identidades sociales y, consiguientemente, de valores. Por ejemplo, hay muy pocos estudios sobre el impacto de los movimientos sociales sobre las estructuras patrimonialistas, clientelares y corporatistas que caracterizan la vida política de muchos países latinoamericanos. En otras palabras, ¿cuáles son los daños sufridos por la legitimidad estatal a causa de los movimientos sociales?⁷

FINALE

Retomemos los términos del debate en torno al cambio social. Este debate se inscribe, como ya fue dicho, en el marco general de la polémica

constantemente renovada sobre la primacía de la estructura y de la acción en los enfoques teóricos. En el campo que nos ocupa, hay dos cuestiones fundamentales por discutir.

La primera concierne a la revolución. Mientras que algunos sostienen –o más bien, sostuvieron– que ésta constituye el arco de triunfo debajo del que pasa el cambio, otros afirman que en las actuales circunstancias la realidad no cambia con explosiones súbitas y violentas.

Herederos de la tradición leninista, los primeros concibieron las revoluciones como acontecimientos violentos, dirigidos por un partido que, situado arriba y al lado de los revolucionarios, poseía el conocimiento del devenir socialista al que las masas debían atenerse. Evidentemente, todas las objeciones a esta concepción se acumulan actualmente: las estructuras, sobre todo las económicas y las mentalidades, son demasiado sólidas como para desbaratarse a causa de un acontecimiento; la violencia no constituye un indicador de las transformaciones puesto que pueden existir volcanes revolucionarios que causan estragos en el entorno pero que no procrean sino ratones reformistas; etcétera. Indudablemente la idea de que la revolución sirve para tomar el poder político y que este paso constituye la puerta de entrada al mundo nuevo no puede ser admitida hoy.

Sin embargo, creo que la teoría histórica desarrollada durante los últimos quince o veinte años ha sido más prudente con respecto al concepto de revolución y a su dizque anacronismo. Una de las adquisiciones de la historiografía contemporánea consiste en definir las revoluciones no como acontecimientos, sino como procesos. Por ello, un nuevo régimen no aparece súbitamente sobre la escena histórica gracias solamente a un golpe lanzado al antiguo régimen, una suerte de knock-out revolucionario, sino a través de la acumulación de golpes, observa el historiador Alan Knight.

Lo más importante en la historia de las revoluciones, decía Trotsky, es “la historia de la entrada de las masas al reino del gobierno de su destino”. Esto significa que los cambios producidos por las revoluciones no deben ser buscados en el Estado, sino en la sociedad civil. Es esta situación inédita que tiene lugar durante las revoluciones y que sirve de abrevadero de las tradiciones de lucha ulteriores –los hidden transcripts de

James Scott-, es decir, de los tiempos normales de la dominación y de la resistencia.

“Éste es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución”. Así empieza la biografía de Emiliano Zapata de John Womack. Pero una vez en la revolución, agrega Armando Bartra, este mismo grupo de hombres se decidió por cambiarlo todo. Esto es, no hay necesariamente una intención de cambio en el desencadenamiento de una revolución, como se pensaba hace treinta años. Lo que es específicamente revolucionario es el hecho de cambiar las cosas y participar en la realización de tales cambios no cargándolos a la cuenta del triunfo del acto revolucionario. La expresión popular *Se hace camino al andar* resume perfectamente esta idea. Ésta es la razón por la cual las revoluciones constituyen procesos, no acontecimientos discontinuos, y simultáneamente por qué el concepto de revolución posee un estatuto particular en una teoría del cambio social. Éste es también el contenido democrático de las revoluciones que nos pone al abrigo de la falsa dicotomía, tan repetida actualmente en América Latina, democracia parlamentaria y electoral vs. revolución. Como Perry Anderson nos lo recuerda en su famosa polémica con Norberto Bobbio, no sabemos si existe una vía parlamentaria al socialismo, pero sabemos pertinentemente bien que ha existido una vía parlamentaria al fascismo.

La segunda cuestión concierne a la tesis sobre la destotalización de la realidad. La diversidad de prácticas sociales que no se ajustan a un solo modelo a seguir por todos, la multiespacialidad de la constitución de los sujetos sociales prueba que el mundo no es unilateral tal como se concebía en los años sesenta y setenta. Al contrario, la riqueza de este mundo reside en su pluralidad cultural. Durante esas décadas, el marco de referencia del análisis del cambio social era el capitalismo mundial. Hoy día, menos que nunca, frente a la nueva etapa de mundialización del capitalismo, lo que equívocamente se llama globalización, este marco no puede ser desdeñado o puesto de lado como si se tratara de un telón de fondo de los acontecimientos sociales. Lo que parece fragmentario, caótico, desordenado y desarticulado constituye, de hecho, respuestas a una totalidad que dan sentido, su sentido, al mundo. En esta nueva etapa de

mundialización del capitalismo, la destrucción de la diversidad cultural, la pulverización de las relaciones comunitarias bajo la égida de la homogeneización de los valores de uso y del trabajo concreto provocan tanto la producción de una “cultura del yo”, como la llama Norbert Lechner, el repliegue de los individuos sobre ellos mismos, el desinterés y el desencantamiento de la política como el fortalecimiento y la invención de nuevas identidades, pero también la creación de pequeños espacios de resistencia donde la práctica democrática se aprende y se profundiza todos los días. ¿Pero se puede resistir a la lógica totalizadora del capitalismo desde la dispersión? Ingreso a un ámbito sobre el que no puedo extenderme. Simplemente agregaría que, por una parte, la experiencia histórica nos enseña que la unidad que borra las diferencias en nombre de un objetivo trascendental a los individuos es una falsa unidad y, por otra, que un proyecto que se desarrolla hoy y cuyos protagonistas están en guerra tiene mucho por enseñarnos. Por supuesto, se trata de los zapatistas de Chiapas que algunos han llamado utópicos. Empero, como lo observaba Sorel acerca del cristianismo, “hay que reconocer que el desarrollo de la revolución no se parecía para nada a las bellas imágenes que habían entusiasmado a los primeros adeptos; ¿pero acaso la revolución hubiera podido triunfar sin esas imágenes?”

Concluyo con este punto. La teoría social de los años sesenta y setenta, a pesar de su reduccionismo estructural y determinista, abrió las puertas a la superación revolucionaria de una realidad objetiva no deseable. En muchos sentidos, en la teoría social posterior, hay un llamado al realismo político que es el arte de esterilizar los proyectos políticos alternativos y las posibilidades de creación de otro mundo.

NOTAS

¹ Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI ed., 1974, p. 21.

² *Ibidem*.

³ “Un movimiento revolucionario que apunte de hecho a la conquista del poder sólo puede ser efectivo en la medida misma de su grado de organización. El rechazo, por ciertos sectores de la izquierda, a la organización partidaria, más allá de

ser una herencia de su origen pequeñoburgués, se debe también a la incompreensión de lo que esto significa” (Marini, op. cit., p.202).

⁴ Rodney Arizmendi, *Lenin, la revolución y América Latina*, México, Ed. Grijalbo, 1976, p. 290.

⁵ Ver, por ejemplo, Gilda Betancourt, “Revolución Cubana y cambio social” en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, mayo-junio 1970.

⁶ Estamos ante la apropiación acrítica del enfoque desarrollado por Laclau y Mouffe hace unos quince años.

⁷ Véase Susan Street, “Movimientos sociales y el análisis del cambio sociopolítico” en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, México, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, abril-junio 1991, pp. 141-155.